

el consagrado al gran poeta norteamericano, Whitman, el más humano de los hombres». — *Domingo Melfi*.

## NOVELA

### UNA NOVELA CUBANA.

Don José Antonio Ramos es un escritor cubano residente desde largos años en Estados Unidos de Norte-América donde sirve un cargo consular. Su labor intelectual, es abundante, habiendo cultivado con entusiasmo el drama, el ensayo político, el social y el económico; la novela, la crítica, etc., en diferentes y numerosas obras que lo hacen aparecer como uno de los fecundos escritores cubanos de su generación, y al mismo tiempo, como el más proteico. Inicia su labor en 1906, en plena adolescencia, con dos dramas: *Almas rebeldes* y *Una bala perdida* que le fueron editados en Barcelona, labor que hasta ahora no ha sido interrumpida. La novela que origina este comentario, ha aparecido recientemente (1) y es la vigésima de sus obras. Una de éstas *Cuando el amor muere* ha sido traducida al inglés por Isaac Goldberg y su drama *Satanás*, fué estrenado por Tallaví en el Teatro Novedades de Barcelona.

No obstante, el señor Ramos es un escritor casi desconocido. Que nosotros sepamos, aquí en Chile se le nombra por primera vez. Manuel Pedro González en el prólogo que es una calurosa presentación

admirativa explica la escasa difusión de la obra de su compatriota:

Una modestia extremada y una gran bondad, unidas ambas a su instintiva aversión al reclamo, han restado a su obra la resonancia continental que por su recia envergadura debió haber obtenido ya. En Cuba lo mismo, por su condición de inadaptado y, acaso también, por el ostracismo en que ha vivido siempre, su labor no ha logrado toda la divulgación que por la renovadora ideología que comporta fuera de desear; ningún escritor, de entre las últimas parvadas intelectuales, cubanas, se ha preocupado tanto por los problemas, sociales, políticos y económicos de nuestra América, ni ha escrito páginas tan luminosas sobre estos temas, como José Antonio Ramos. Ninguno tampoco, que sepamos, ha enfocado mejor nuestros conflictos que él.

A decir verdad, nosotros no podríamos verificar la exactitud del juicio recién transcrito, pues al señor Ramos le conocemos sólo *Las Impurezas de la Realidad*, libro que origina este comentario, ni tampoco asegurar que la ausencia de resonancia de su obra se deba a las causas señaladas por el prologuista. Sin embargo, basándonos en el conocimiento de su última novela, a pesar que dista mucho de ser excepcional, encontramos cierta razón a Manuel Pedro González, al creer a la labor del señor Ramos merecedora de una divulgación más o menos amplia, pues *Las Impurezas de la Realidad* no carece de aspectos que la puedan hacer sobresalir del término medio de la producción intelectual indoamericana, haciéndola acreedora de la atención de los lectores de estos países.

(1) Agencia de Librería. Barcelona.

Refiriéndose al total de la obra del señor Ramos, manifiesta el prologuista lo siguiente:

En toda ella podrá advertirse una intensa preocupación por desentrañar el sentido ignoto y último de las cosas, una permanente proclividad analítica que redund a veces en detrimento del mérito puramente artístico de la obra. Tal, a nuestro entender, el caso de *Cooby*.

Y en *Las Impurezas de la Realidad*, agregamos nosotros; pero sin menoscabar el interés general del libro. Al contrario, es seguramente una de las características más sobresalientes de él, junto con la permanencia escrutadora del autor sobre las realidades sociales, políticas y económicas de Cuba, las que pretende fijar o fija a veces con certeza en las páginas de su novela, demostrando el señor José Antonio Ramos capacidad para darle cierta universalidad a los aspectos locales o vernaculares. Indudablemente y como apunta González, esto va en detrimento de la calidad artística, pero sólo en escaso sentido, pues el señor Ramos no cae en la declamación ni en la defensa de determinada doctrina, sino que deja expresarse libremente a sus personajes, en diálogos vivos y breves, o en muy interesantes y desordenados monólogos — desgraciadamente pocos numerosos — que nos hacen recordar un tanto a los de Jaymes Joyce, sin decir con esto que los del gran escritor irlandés signifiquen un antecedente ni los de Ramos una aproximación cualitativa a los de aquél.

Es cierto que en estos últimos

años, con la introducción en la novela de varios elementos extra novelescos o que hasta ayer se consideraban fuera de ella, se ha caído frecuentemente en el tratado de sociología o psicología o en el poema novelado. Pero administrando aquellos elementos con un claro sentido de eutrapelia y un coherente instinto artístico—el caso de Jaymes Joyce por ejemplo,—se ha arribado a consecuencias muy proficuas, a resultados de una definida trascendencia y que son, precisamente, los que han impedido el derrumbe total de la novela.

Don José Antonio Ramos que dista mucho todavía de hallarse en este caso—hay que advertirlo—si no siempre con fortuna, logra encajar a veces con habilidad los elementos ya referidos en la trama de su novela, mezclándolos a la vida anecdótica de sus personajes, muy dinámica y abundante, pero a menudo efectistas por el exceso de dramatismo, de algunas situaciones y escenas que acercan bastante esta novela al folletín. Es en este sentido donde más reparos merece el libro del señor José Antonio Ramos, ya que no ha sabido escoger ni desarrollar con gusto la trama y acción de su novela, ni tampoco depurar la estructura anecdótica, reduciéndola a su estricto material de utilización artística.

Esto es lo que disminuye el mérito de *Las Impurezas de la Realidad*, impidiéndole que sea una obra de valor sostenido, parejo, pues los aspectos de interés que señalamos anteriormente y que salvan esta novela de la medianía, no alcanzan

sin embargo, a hacer de ella en su totalidad una obra importante, lo que es de lamentar, pues el señor José Antonio Ramos demuestra estar dotado en forma espléndida. Sin duda el autor no tuvo el cuidado necesario, la solicitud imprescindible, y a pesar que la construcción de esta novela, le ha costado al señor Ramos cuatro años de labor da la impresión que no ha sido bien madurada. En cuanto al estilo, en general, es simplemente periodístico, pero a veces alcanza densidad, precisión, sugerencia.—A. T.

### CUENTO

LOS APARECIDOS, por *Luis Roberto Boza*.

El nombre de este autor, que había guardado silencio después de publicar hace años algunas novelas y cuentos en el vecino puerto de Valparaíso, con su reciente libro (1) nos evoca por fuerza una interesante etapa literaria porteña, que ya se ha olvidado, pero que no podría olvidarse deliberadamente cuando se escriba una verdadera Historia de la literatura chilena de los tiempos modernos.

Puesto que ya en *Atenea* (núms. 91 y 92, por Manuel Rojas) se ha escrito sobre este conjunto de cuentos, ahora vamos a tomar el nombre de Boza como pretexto para recordar aquella época, de la que fuimos espectadores y actores. Conocí a este escritor en la imprenta del Crucero de Bellavista con Pirámide, donde,

(1) *Los Aparecidos*. Colección de Autores Chilenos. Empresa «Letras», 1932.

se imprimía en Enero de 1920, la revista *Siembra*, que Boza dirigía. Había entonces una regular efervescencia intelectual en el puerto, uno de los tantos momentos esporádicos que allí se advierten. La revista citada la hacía Boza, con la colaboración de dos o tres escritores jóvenes y de María Antonieta Lequesne, notable poetisa desaparecida en la flor de la edad, que actuaba como secretaria de redacción. Un nutrido número de escritores jóvenes había comenzado a ambientarse en torno de las páginas de *Siembra*: Brandi Vera, Chávez, Walton, Barreto, Victoriano Lillo, M. A. Lequesne, Rojas Gallardo, Dardaillon, C. Barella, Juan Egaña, Gregorio Guerra, María Lefebre, y artistas como Georges Sauré, Camilo Mori, Romeo Ponce, P. Celedón, yendo a la cabeza de los escritores por sus años y experiencias líricas Zoilo Escobar. El momento no dejaba de ser interesante, aunque su importancia no llegara a producir ondas concéntricas tan amplias que abarcaran hasta Santiago, por no sé qué iempecinado centralismo intelectual que siempre diferenció las manifestaciones estéticas de ambas ciudades.

Yo advine al grupo de *Siembra* y a la revista en circunstancias que se compaginaba el primer número, dedicado como número especial al fallecimiento, dos años anterior, de un formidable poeta chileno, Alberto Moreno Méndez, cuyo valor no sé por qué—visiblemente, nada más que por ignorancia y asensibilidad—no han tenido en cuenta los críticos de nuestro país. Moreno fué un hombre sencillamente raro. Admirador